

JAIM ETCHEVERRY, Guillermo. *La tragedia educativa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

**E**l libro de Jaim Etcheverry es una lectura necesaria para quienes trabajamos en instituciones educativas, ya que nos proporciona argumentos y elementos de juicio sólidos para reflexionar sobre la calidad educativa, de la que se habla mucho y con preocupación en el presente. Para los profesionales de la información es importante entender su papel como participantes en el sector educativo y reconocer la aportación que pueden ofrecer desde su quehacer profesional.

La tesis principal del libro es que la educación está bajando de calidad y, que si bien estos resultados se refieren a aprendizajes escolares, las causas del bajo rendimiento no pueden atribuirse a la escuela o explicarse solamente a partir de lo que ocurre en ella, toda vez que este fenómeno es sólo la expresión de un cambio social.

Este cambio consiste en la pérdida de “la riqueza, la complejidad y la diversidad del tesoro acumulado por la humanidad a lo largo de su historia” (p. 10), esto es la homogenización de la cultura, la pérdida de la capacidad de reflexión, la disolución de la autoridad. Todo ello está modificando la función de la escuela y nos está llevando a una sociedad deshumanizada. Esta realidad es lo que para el autor constituye la tragedia educativa. La verdadera tragedia, por lo tanto, se encuentra en la sociedad vista de manera amplia y los resultados escolares son sólo una de sus manifestaciones.

La intención del autor no es sólo presentar un panorama dramático de lo que está sucediendo en el entorno social deshumanizante y en las instituciones educativas, su propósito fundamental consiste en urgirnos a reflexionar sobre un estado de cosas que puede ser transformado.

En el primer capítulo se presenta un panorama general de la educación. Se citan los resultados de pruebas internacionales que manifiestan carencias en el aprendizaje escolar, así como varios estudios de seguimiento que muestran que los estudiantes de diversos niveles educativos tienen cada vez menos capacidades y conocimientos. En este mismo capítulo se argumenta que la asignación de recursos a la educación en Argentina no concuerda con las declaraciones oficiales sobre la importancia de ésta. Se cita el caso de México en donde, si bien es mayor el porcentaje del PIB destinado a la educación, no se llega a los estándares recomendados internacionalmente. Se habla de la sobrepoblación de las aulas, del bajo estatus y escaso salario de los maestros y se subraya la igualdad de oportunidades como un mito que desmiente una realidad en la que la deserción escolar y la escasa

oportunidad de los sectores populares de acceder a niveles altos de educación es una situación cotidiana debido a factores económicos.

En el segundo capítulo, el autor describe algunos factores que, tanto dentro como fuera de la institución escolar, están produciendo un estado de cosas alarmante:

1. Algunas ideas pedagógicas aplicadas ampliamente. Éstas han contribuido desde hace tiempo al deterioro educativo ya que privilegian el desarrollo de habilidades sociales y actividades prácticas, en detrimento de la comprensión de los contenidos; dan prioridad al cómo se enseña sobre el qué se enseña. Centran la vida del aula en las actividades de los alumnos, disminuyen y en ocasiones anulan el papel del profesor en la enseñanza, con la pérdida de autoridad que de ello deriva. Los contenidos educativos en consecuencia se enseñan y evalúan con gran laxitud. El autor considera que “el arraigo de estas concepciones... se explica porque parecen coincidir con la tendencia actual a rehuir el esfuerzo que se asocia con la adquisición de conocimientos concretos.” (p. 49)
  
2. Las expectativas sociales que se depositan en la educación. El autor compara las actitudes de alumnos de Argentina y Norteamérica hacia el conocimiento con las de estudiantes chinos: mientras los dos primeros están más interesados en la escuela como medio para obtener bienes materiales, los jóvenes chinos expresan su interés por el saber. Las expectativas de los padres en un caso y en otro se corresponden con las de sus hijos, los padres de argentinos y norteamericanos esperan que la escuela sea un lugar amable en el que sus hijos transcurran muchas horas, lo que en ella aprendan no importa. A través de la televisión e Internet, los muchachos aprenden modelos sociales que promueven la codicia, el lucro, el desprecio del intelecto y la superficialidad. La sociedad ofrece modelos de éxito que no dependen del estudio, como el deporte y el espectáculo. De acuerdo con Jaim, los muchachos saben menos porque no valoran el conocimiento. No los culpa, ellos simplemente están absorbiendo los valores dominantes: “La ignorancia de los jóvenes es nuestra propia ignorancia... Un espejo que nos refleja con una fuerza que, por lo menos un instante, incomoda. Aprenden tan bien lo que les enseñamos que no encontrarán nada en Dante o en Borges, en Miguel Ángel o en Pettoruti, en Shakespeare o en Cortázar, que les sirva para escalar la cumbre de nuestra pirámide social... la tragedia se aloja entre las paredes de nuestras casas y refleja fielmente nuestros valores.” (p. 65)
  
3. La desmotivación por la incertidumbre del futuro. Los alumnos no pueden estar muy interesados en una educación que ya no funciona bien como elemento de movilidad social ni como pase seguro al mundo del trabajo, están preocupados por no quedar en las filas del desempleo y excluidos de un mundo donde impera el sálvese quien pueda, sin

consideración de los demás. Antes, dice el autor, los jóvenes intentaban transformar al mundo, hoy, ante su impotencia para cambiarlo, se integran a él a cualquier precio.

4. El exceso de oportunidades para distraerse. El ofrecimiento de enorme cantidad de diversión a través de la televisión e Internet motiva que la gente dedique mucho tiempo a entretenerse, que se interese más por los chismes de moda que por los acontecimientos sociales importantes. Los medios de comunicación están llenos de material irrelevante, superficial, morboso, vulgar y trivial, que trata a la audiencia como menores de edad, con un lenguaje pobre e incoherente, que no invita al pensamiento. Estamos viviendo un mundo que nos ofrece entretenimiento y nos “vacía” por dentro. Como señala el autor, “aparentemente se trata de un inocente entretenimiento, aparentemente porque, en realidad, somos nosotros quienes nos ofrecemos al espectáculo pagando la entrada con lo único realmente valioso que tenemos: nuestro tiempo. Aunque no siempre lo advirtamos lo que hace a ese tiempo precioso para los dueños del circo es que tiene valor comercial.” (p. 77)
5. La homogeneización del pensamiento. Siguiendo la tendencia del menor esfuerzo, la cultura popular lo simplifica todo, ofrece versiones “accesibles” de obras clásicas. “Cada día estamos más expuestos a esta cultura ‘pasteurizada’ papilla intelectual que prolonga la lactancia de una vida fácil, sin esfuerzos, y de una estúpida jovialidad.” (p. 83)

El tercer capítulo del libro se centra en mostrar cómo los factores analizados previamente están tomando forma en la escuela.

1. Ahora muchos currículos se diseñan pensando en contenidos que se puedan aplicar, en lugar de aquellos que hacen pensar; existe un desprecio por los conocimientos que no tienen una utilidad en el sentido de producir bienes económicos. Se prepara para el trabajo, no para la vida, y es común la especialización temprana sin bases culturales. El conocimiento que tiene como fin aprender a pensar para entender el mundo no tiene cabida, por ello es cuestionada la utilidad de la filosofía, la sociología, la historia y la ética. Esta postura refleja el hecho de que no se entiende que una formación intelectual sólida prepara para enfrentar desafíos en todos los ámbitos del actuar humano.
2. En la escuela está predominando la lógica del espectáculo: se intenta convertir la enseñanza en un proceso divertido, que compita con el entretenimiento ofrecido por los medios masivos. Citando el concepto de *Homo videns* de Giovanni Sartori, Jaim explica cómo la primacía de la televisión en la vida infantil, incluyendo los programas educativos, al privilegiar la imagen sobre la palabra, expone a los niños al peligro de que se atrofie su ca-

pacidad de entender aquello que no se ve y disminuya la habilidad humana de abstraer la realidad para pensarla. Está conformando en ellos una forma superficial de aprender. Por desgracia, la escuela está intentando copiar las características de los medios visuales y se recurre menos que antes a la lectura profunda y a la escritura. Asimismo, se tiende a simplificar aquello que se supone difícil de entender para los alumnos.

Recientemente, otro instrumento tecnológico, la computadora, se ha publicitado como una nueva promesa para elevar el nivel educativo. Los discursos acerca de sus posibilidades educativas son entusiastas y a veces responden claramente a intereses económicos. En realidad no se han comprobado sus beneficios en cuanto al aumento de la capacidad de aprendizaje en los sujetos que la utilizan. Jaim nos ofrece datos de países como Japón y Singapur en donde el uso de la computadora es mucho menor que en Estados Unidos y sus resultados de aprendizaje son muy superiores en los exámenes internacionales.

Ello puede deberse, en parte, a lo que muchos profesores han alertado acerca de las prácticas que el uso de la computadora está provocando, como la copia y pega, la escritura sin estructura y el uso de información poco confiable. Jaim cita al director de la revista Forbes, quien dijo en 1984 que en el futuro “los pobres quedarán encadenados a las computadoras, mientras los ricos se beneficiarán de los maestros”. (p. 133)

Habría que agregar que las oportunidades de entretenimiento proporcionadas por este medio son superiores a las que ofrece la televisión, y que perpetúa la tendencia a ser espectadores en un mundo que reemplaza la realidad por la virtualidad y las relaciones humanas cara a cara por las relaciones breves y superficiales en Internet.

3. Se ofrece un exceso de información que produce la ilusión de que por sí misma elevará la capacidad de aprendizaje. El poner al alcance de los alumnos de todos los niveles educativos una gran cantidad de información parece ser una consecuencia deseable del avance tecnológico. Sin embargo, no parece ser la falta de información lo que ha motivado a que los alumnos no estudien. “Cualquier bibliotecario puede testimoniar que la información disponible en las bibliotecas antes del advenimiento de las computadoras era rara vez consultada por los estudiantes. Uno de los factores que mejor se correlaciona con el rendimiento académico de los niños es la existencia de una biblioteca en el aula escolar. El problema no es la falta de datos, lo que falta es tiempo en el aula para analizar los que están disponibles.” (p. 129)

La disponibilidad de información puede ser un elemento que apoye a la educación pero nunca es determinante en sus resultados, por el contrario, es necesario ser muy concientes de que la gran cantidad de información dispo-

nible no va a resolver los problemas de la educación. Por otro lado, mucha información puede producir una sensación de displacer que probablemente causa el efecto de retirarnos para no experimentar este sentimiento. La tendencia es abarcar más lectura, sin profundizar ni tomar el tiempo necesario para su reflexión y para asimilar y acomodar las nuevas ideas.

4. Se están deteriorando las relaciones sociales al interior de la escuela. El autor culpa de este hecho al error que ha significado confundir el papel del maestro con el de los alumnos. La relación profesor-alumno es, por definición una relación desigual, el maestro es una autoridad en función de que posee y es capaz de transmitir un conocimiento que requiere el alumno para su formación, no es un simple "facilitador".

Al deshacer los límites impuestos por esta situación se subvierte (en función de una pretendida democratización) el orden de la escuela, se iguala la palabra del maestro con la de sus alumnos, se relaja la disciplina necesaria para aprender y se denigra el intelecto. En vista de los malos resultados obtenidos, ahora se tiende a aceptar que la permisividad, tanto en la escuela como en la casa, ha ido demasiado lejos y se reconoce que son necesarias las normas y la autoridad.

En el cuarto y último capítulo, Jaim analiza el papel del lenguaje, la cultura y la literatura en la formación humana. Nos incita a pensar en alternativas para rectificar el camino que está tomando la educación y nos mueve a reflexionar sobre nuestra postura y nuestro papel para contribuir a ello.

1. Repensar la función de la escuela. Es necesario responder si queremos educar sólo para el trabajo o también para desarrollar e incrementar capacidades humanas básicas como la comprensión, el pensamiento independiente, la capacidad de expresión, la crítica y la comprensión del mundo. La respuesta debe partir del reconocimiento de que estas habilidades son fundamentales para desarrollar cualquier actividad laboral y para desenvolverse en todos los ámbitos de la vida. Estas capacidades tienen que ver con la formación cultural, el análisis de textos históricos, literarios y filosóficos.
2. Rescatar el papel del profesor como elemento indispensable y fundamental en la creación de un clima afectivo e intelectual propicio al aprendizaje profundo. Este es un aspecto en el que Jaim hace hincapié a lo largo del libro. Sugiere que para ello hay que devolver el prestigio y autoridad al maestro, propiciar el ingreso a la docencia de los mejores hombres y mujeres como guía y ejemplo de los niños y jóvenes, de manera que su prestigio esté basado en su capital cultural y moral. Para ello, la carrera magisterial debe convertirse en un camino atractivo y no como ahora, en la última alternativa de empleo. Gastar menos en computadoras y más en maestros, sugiere el autor del libro.

3. Asumir la misión de la institución educativa como impulsora del dominio de las habilidades de expresión que da el lenguaje, instrumento de la formación de capacidades para pensar, interpretar la realidad, expresarse, debatir, confrontar ideas. Todas estas capacidades están disminuyendo, lo que se advierte en la pobreza de expresión reflejada en los medios y en el lenguaje juvenil y la escuela es el lugar ideal para revertir esta situación, por ser el lenguaje la materia prima de la actividad escolar.
4. Recuperar el ritmo que requiere el aprendizaje profundo y reflexivo a través de la lectura, vinculada al libro. Mejorar los hábitos de lectura comprensiva. Proteger a los alumnos del hartazgo informativo que provoca la gran cantidad de información circulante. “Estamos demasiado informados, pero poco pensados”. (p. 173)
5. Influir en la formación de una moral social que haga contrapeso a los valores dominantes como el egoísmo, la indiferencia hacia los demás y la competencia, que dañan la convivencia social y que circulan en los medios masivos de comunicación.
6. Convertir a la escuela en un sitio en donde tome su lugar la disciplina y el esfuerzo como único camino para lograr una formación sólida. Ello se puede lograr evitando las elaboraciones prefabricadas, el pensamiento digerido por otros, la información superficial. El esfuerzo es un ingrediente ineludible para el aprendizaje. Marx lo expresa muy claramente en *El Capital* “En la ciencia no hay calzadas reales, y quien aspire a remontar sus luminosas cumbres tiene que estar dispuesto a escalar la montaña por senderos escabrosos”.


Jaim nos invita a construir una esperanza, al retomar los fines de la escuela que apuntan a la humanización: la creación de ciudadanía, el disfrute de la cultura, el desarrollo de las capacidades básicas del hombre; dicho en sus palabras: “nuestra última esperanza tal vez resida en conseguir que la escuela se transforme en ese singular baluarte de la resistencia cultural en el que se defienda lo humano... De lograrlo, estaríamos ante la posibilidad revolucionaria de evitar que la tragedia educativa, cuyos claros signos hoy percibimos, termine por convertirse en la tragedia de la civilización”. (p. 218)

Para quien observa la realidad con cuidado es fácil estar de acuerdo con muchas de las afirmaciones del autor, quien cita estudios que respaldan su visión sobre los cambios que está experimentando la escuela. Una de las ventajas del libro es que proporciona una explicación articulada, desde diversas miradas, de los orígenes de los problemas de la educación.

Autores tan relevantes como Hanna Arendt alertaba ya en 1954 sobre la crisis educativa, y la explicó como producto de concepciones sociales que en la escuela toman forma al aplicar tres supuestos básicos: 1) que hay que emancipar a los alumnos de la

autoridad del docente, 2) que se puede enseñar sin conocer a profundidad la materia que se enseña y 3) que sólo se puede aprender lo que uno mismo haga, todo lo cual ha conducido a la reducción de la autoridad del docente, el pragmatismo en la enseñanza, la sustitución del trabajo por el juego y el aprender por el hacer.

La idea de que la sociedad se está deshumanizando es una preocupación que está apareciendo insistentemente en diversos ámbitos del quehacer humano, como la medicina, el comercio y las relaciones sociales en general.

Otros muchos autores han profundizado en el análisis y crítica de aspectos como la pedagogía, los medios de comunicación y el culto a la información. Si bien a algunos les podrá parecer una visión demasiado pesimista de la realidad, no está por demás atender el llamado de alerta y emprender la tarea de pensar cada elemento que se pone en juego en la educación: los fines, los valores, los métodos y el uso racional de la tecnología y la información. 

**Carmen García Colorado**

Departamento de Bibliografía Latinoamericana

Dirección General de Bibliotecas, UNAM

